



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º • Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth.

CLEMENTE S. CRUZADO

La belleza de los ojos.

FANDOR

Égloga.

ADOLFO SANCHEZ CARRERE

¡Y á mí también!

J. PÉREZ, RAMÍREZ

Sobre el viejo tema de los celos.

A. RODRÍGUEZ DE LEÓN

A unos ojos muertos.

GERMAN G. DE LA MATA

Fanny es muy desdichada.

ADOLFO LLUCH

Nocturno.

LUIS ESTESO

Chascarrillos y epigramas.

VÍCTOR SARABIA

y EZEQUIEL ENDÉRIZ

Luna de miel.

MANUEL DOMÍNGUEZ

Celebridades.

M.-S., TINO, IZQUIERDO DU-

RAN, STRIANO, MATEOS Y

M. GARRIDO

Varios dibujos y retratos' de

Emilia Benito y Germán Gómez

de la Mata.



EMILIA BENITO

Es simpática y grita mucho. Sería una magnífica vendedora de nuestro semanario.

5 céntimos

SECCION VERMOUTH

«¡Allá películas!»

COMIENZA á «hacerse luz», como se dice en el «argot» jurídico—«argot» ó «tecnicismo», como usía quiera, señor juez, porque son sinónimos—; comienza, digo, á hacerse luz en «eso» de los cines. «Eso» á lo que yo no puedo dar nombre alguno por la sencilla razón de que «eso» no tiene nombre.

La pregunta aquella «¿qué ocurriría si, de improviso, se hiciese la luz en este local», ha sido contestada á maravilla por las empresas explotadoras de los «films» y de los «flirts» y hasta de algo más que los «flirts», según rumores.

Hasta ahora, permanecía en secreto el secreto del estupendo negocio cinematográfico, sobre el cual hacíanse variadas y pintorescas hipótesis, sin que ninguna mereciese la aceptación general. Quiénes achacaban la afición peliculara á la decadencia de nuestros teatrólogos; quiénes, á la diversidad

de precios (hipótesis bien absurda, por cierto), y algunos, siquiera lo pensasen otros muchos, osaban declarar que el cine triunfaba por sus obscuridades propicias á toda suerte de desaguisados.

Una pugna de empresas, una competencia entre los empresarios del teatro del Príncipe Alfonso y del Royalty con los del Cinema X y Gran Teatro, ha despejado la incógnita, ha hecho luz en el asunto, y ya todos sabemos á qué carta quedarnos respecto del éxito de la proyección y del traje.

En las bandas anunciadoras de sus espectáculos decían, días atrás, las empresas del «Príncipe Alfonso» y «Cinema X»: «Advertimos al público que los palcos de nuestros teatros no tienen antepalcos, evitándose así sucedidos análogos al ocurrido hace poco en un coliseo.»

No especificaba el anuncio dónde se perpetró el sucedido, ni tampoco yo lo específico; pero sí señalo que los referidos teatros están en competencia con el Cinema X y Gran Teatro, y que en éste hay unos antepalcos que no describo porque los lectores me dirían que «á quiénes se lo iba yo á contar».

Bueno; pues la «nota bene» de esas bandas ha obtenido un resultado contraproducente así desde el punto de vista material como del moral, aunque ciertamente los «puntos» que van al cine no suelen conformarse con ser «puntos de vista»...

Leerse los anuncios en cuestión y aumentar la venta de localidades en los coliseos que disponen de antepalcos y no responden de evitar «semejantes sucedidos», ha sido obra

PROCEDIMIENTOS



—Si se mueve usted tanto, no podremos hacer nada.
—¡Vaya por Dios! ¡Si supiese usted cuántos me han dicho lo contrario!

del momento. La afición al «film» depende, pues, de los antepalcos. No se piense en la decadencia de los teatrólogos; téngase en cuenta la plenitud de facultades de los espectadores.

También influye (pero lo uno es consecuencia de lo otro) algo el precio. Porque es lo que ellas dicen, ó si no lo dicen así lo hacen suponer aquellos anunciantes: «hay que ver por cuatro pesetas que cuesta un palco las cosas que se ven... Y las que no se ven, agrego yo, porque «caen por fuera», esto es, por el antepalco...

Sabido esto, yo me permitiría recomendar á los empresarios del «Príncipe Alfonso» y del «Royalty» que reservasen de sus palcos un huequcito para antepalcos aunque no cupiese en ellos mas que un diván, que ya los ocupantes se las arreglarían para pasar el rato que dejan libre—cuando lo dejan—los intermedios.

Yo se lo aconsejaría de buen grado; pero en «eso» cada cual es cada cual, ó como dijo el otro: ¡Allá películas! («Allá» quiere decir en el antepalco.)

CÉSAR JALON.

LOS BRINDSI



Ella.—Yo levanto mi copa por la salud de los aliados.
¿Y tú?

El.—Yo creo que, cuanto menos la levantes, es mejor para la salud.

La belleza de los ojos

SIENDO mujer, eres bonita; siendo bonita, eres amada; también puedes ser feliz.

Pero ¿por qué eres bonita? ¿Qué tiene tu cuerpo? ¿Qué tu figura?... Eres bonita, y á primera vista nadie sabe decir por qué.

Yo te he visto muchas veces, y por eso sé lo que tienes de hermosa. Tus ojos. ¡Ah!, tus ojos... Tus ojos, negros y brillantes, dulces y soñadores.

Ojos de agarena, que al mirar asesinan cual puñales envenenados. Ojos de alegría, y, á la vez, de pena y dolor. Son tan bellos, porque siempre que miran ponen en la mirada un acento de emoción.

Son tan dulces, porque al reir nos comunican el entusiasmo. Y bien puede decirse que ellos solos se bastan para hacer bella á la más desgarbada de las mujeres. ¡Ojos hermosos, de mujer divina, yo, el más humilde de los poetas, os canto, y en mi canción os mando mi cariño y mi corazón, que, unido á la gran admiración que por todo lo bello siento es el mejor elogio que puedo hacer del ideal, del arte y de la mujer.

CLEMENTE SANCHEZ CRUZADO.

Para toda clase de anuncios en esta Revista, dirigirse á D. Francisco Pastor, Juanelo, 1, segundo.

ÉGLOGA

CANTA, río, entre la frondosa enramada de tus orillas; canta la eterna y dulzona plegaria de tus ondas, que, confundida con el himno que el monte, los valles y los pájaros cantan, se eleva majestuosa llenando el ambiente de armónicas notas...

Canta el río, susurra la brisa, gorjean las aves.

El cielo, azulado, grandioso, impo-

TERROR, PÁNICO



TUNO

—Señoritas: un «apache».

—¡Ay, Dios! Si nos atacó, ¿a cuál se tirará primero?

mente, parece cúpula de inmenso palacio donde la felicidad asienta su trono.

Las mariposas, extendidas las alas, que brillan centelleantes al quebrarse sus colores irisados por los rayos del Sol, revolotean, persiguiéndose, entre los punzantes matorrales y las encendidas corolas de las margaritas silvestres que tapizan el verde suelo.

Ríe y ríe el arroyuelo y salta y brinca juguetón y parlero, rompiéndose sus ri-

sas en menudo polvo de oro al chocar en los guijos puntiagudos.

Y en la fronda tupida que sombrea el campo, los trinos, en algarabía, alegran y aturden.

*

Arrullados por la grata armonía del himno que la Naturaleza eleva al Creador, Consuelo y Gerardo, sobre la yerba, descansan.

Muy juntos los cuerpos, muy cerca los labios, muy fijos los ojos que se miran, retratándose pupilas en pupilas, unidas las manos, es el suyo himno también que en el otro se confunde y con él se eleva.

De amor habla Gerardo. Temblorosa, Consuelo escucha. Y tienen las palabras amadas, que brotan del corazón, la virtud de ensanchar en suspiros el pecho anhelante que las espera como bendición santa, como lluvia el campo, como rayo de Sol el lirio humilde.

La voz cautiva. Es sedosa, suave, arrobadora. Tiene todos los matices, todas las notas, todos los acentos, todas las dulzuras... Arrulla como cántico escuchado en anochecer nostálgico, cuando el alma sueña y el espíritu parece desprenderse de la envoltura corporal...

Es Consuelo débil pajarillo que la serpiente fascina, y en trémulo agitar de alas, lucha y lucha hasta rendirse..., mariposa que gira y gira en locura de borrachera de luz, alrededor del foco, su muerte...; tierno arbolillo, que, al bruto empuje del huracán siniestro, se dobla y gime...

Gerardo apoya blandamente su cabeza en el pecho de la virgen, y ésta, en amoroso transporte, besa el cabello, donde sus dedos se ensortijan.

Se miran á plenos ojos.—¡Te amo, te amo, te amo!—repite él como oración sentida; y ella, sujetándole las mejillas entre los lirios de sus manos, que tiemblan, busca sus labios, y rompe un beso.

Y al florecer las almas en besos, beben con ansia los labios secos, y en las venas sienten el torrente de vida que fluye trémulo...

—Te amo, te amo, mi virgen santa, mi virgen pura, mi virgen gloria...; te amo si amar es sentir deseos en el pecho;

si es embriagarse con el aliento tibio de una boca que tiembla; si es enloquecerse con el bullicio loco de la encendida sangre; si es el frenético anhelo de pasar los labios febriles en otros secos que esperan, en un beso eterno, en un abrazo inmortal... ¡Consuelo!...

.....
Consuelo, hipnotizada, subyugada, sin voluntad, que entregó, sin alma, que fué á otra en un beso, cae blandamente... Se rinde como flor tronchada, brindando en un suspiro sus esencias...

... Y el arroyuelo ríe y brinca juguetón y parlero, trezando con la espuma de sus aguas, que el Sol irisa, un himno de amor...

FANDOR.

¡Y á mí también!

Yo, como siempre propenso he sido á los sabañones, me compré un par de mitones de lana, de abrigo inmenso, y desde que me los puse me encuentro tan á placer, que dudo que pueda haber persona que no los use.

Mis dedos, que estaban antes grotescos y deformados, ahora son hasta envidiados por las damas elegantes.

La mano mía sufrió tal reforma en pocos meses, que ni condes, ni marqueses, la tienen igual que yo.

Si la tengo que mostrar delante de una señora, al verla tan tentadora me la tiene que ensalzar.

Debo más de una conquista á mi mano fina y suave.

No hay dama que no la alabe. Parece de pianista.

Tanto es así, que anteayer, estando en casa de Clara, me pidió que la tocara algo una hermosa mujer, y porque, ¡es claro!, me fui sin tocar nada, he sabido que conmigo se ha ofendido porque gusto no le di.

Y estoy viendo, si otra hermosa se ofende, que en las reuniones me harán tocar, por razones

semejantes, cualquier cosa.

Con el fin de celebrar la mejora de mis manos, los parientes más cercanos me piensan banquetear.

El banquete, que ya es, según dicen, cosa hecha,

se dará en próxima fecha en el Ritz ó en el Inglés.

Aquel que quiera asistir ya lo sabe: coja un duro y vaya. Yo le aseguro,

que se habrá de divertir.

Advertencias importantes:

No habrá brindis en las mesas ni «improvisaciones» de esas

que se escriben un mes antes.

Se hará además un retrato en grupo de los que estén.

Habrà cigarros también y champán... del más barato.

Como en todos los que he visto, en éste, varios señores,

á fuer de «organizadores», se darán un poco pisto,

consagrándome mercedes y requiebros inspirados

¡en los mitones comprados por un servidor de ustedes!

No es un banquete «abusivo» este dedicado á mí.

¡Cuántos se dan por ahí con mucho menos motivo!

ADOLFO SÁNCHEZ CÁRRERE.

4-12-915.

NUESTRO BAILE



—Por lo visto, este año va á haber grandes cosas en el baile de LA HOJA DE PARRA. Pues yo voy á ir por sí, en efecto, son grandes.

SOBRE EL VIEJO TEMA DE LOS CELOS

EL mayor monstruo, un señor marido á quien muerde el venenoso áspid de los celos. Más le valiera una congestión fulminante al punto de firmar el contrato canónico.

Se dan esposas virginales, incapaces de mirar al panadero y que piden permiso para salir con sus madres, cuyos consortes no se recatan de mostrar una desconfianza conyugal importuna. Muchas de estas inocentes abren sus bellos ojos á la vida, y ya el amor huye del hogar y la luna de miel sufre un cuarto menguante, con luz pálida y cuernos agudos.

A la buena esposa tiene que enojarse también una duda que tan poco favor hace á ella y á él mismo, porque realmente constituye esa duda una implícita ofensa particular.

Hay marido que se enfurece en su interior porque su dama se coloque para andar por casa una fresca flor ó un lacito de matiz subido, y muchos ve-

rían con agrado que la mujer no se peinase ya en toda la vida.

Otros no abandonan jamás su domicilio para saborear las delicias íntimas del hogar, jugando á la oca, fabricando altaritos de cartón, leyendo el diario dos veces; y si salen alguna noche, «rara avis», digo rara noche para conocer algún estreno que ya conoce todo el mundo ó para saldarse cuentas demoradas, por ejemplo, siempre han de ir acompañados de ellas.

La exaltación celosa, como las excesivas prevenciones, suelen tener efectos contraproducentes.

Un tal Ponce, empleado, es un ejemplar de celosos verdaderamente notable.

Para amedrentar á su señora, por una causa nimia, como que la criada esté sucia ó les falte agua á los palomos, se pone hecho un energúmeno insportable, rompe la sopera y tres platos y se marcha á la calle dando un portazo atroz, para volver á entrar en seguida, porque Ponce se muere de celos.

LA ESCONDIDA SENDA



—Ves, Martina, como todo es empezar! ¡Ya sabes tú el camino mejor que yo!

No tiene prueba alguna de nadie; pero, en realidad de verdad, desconfía de sus amigos don Paco y don Francisco, de un hortera de enfrente, del novio de la de arriba, del que le cobra el inquilinato, de todo el mundo.

El no tiene pruebas; pero un día le han faltado dos puros de la caja, y la señora no fuma ni la criada tampoco.

¡Ah! Ponce va á dar un estallido el mejor día. Ni vive, ni deja vivir.

Y, claro, la pobre mujer le habla á un relojero del distrito de Palacio, y se escribe con un primo lejano, que está en Talavera; y, finalmente, creo que en tiempos, para adquirirse ropa blanca ó aceite al por mayor para tomarse medida de unas botas y para oír misa, siempre iba á la botica de cierto viudo reciente y conocido.

Todo se le está bien empleado al empleado Ponce.

Por el reverso, el matrimonio Velarde goza de la paz más arcadiana.

Velarde hace gala de una

tranquilidad y confianza conyugales que rayan en lo extraordinario. Su compañera puede ir sola á regatear los comestibles, á las reuniones de Fajardo y á la casa de préstamos con el más amable beneplácito de su marido.

El se marcha cuando le da la gana, y sin su señora, á cualquier teatro y á jugar una partida de bolas, y en nada se molesta ni estorba el tolerante matrimonio, y así viven ambos consortes en el mejor de los paraísos terrenales.

Y puedo asegurar, con palabra de honor, que si la esposa del tal Velarde ha cometido infidelidad contra su esposo alguna vez, ha sido en cierta época pasada, con uno que fué su primer novio, que la quería mucho y que no pudo casarse con ella por no haber obtenido plaza en Correos.

J. PEREZ RAMIREZ.



A unos ojos muertos

A la que enfermó de amor y murió amando.

I

Ojos bellamente claros con reflejos de cristal. Erais misteriosos faros en nuestra fiebre sensual.

Erais signos cabalísticos á la hora del amor. ¡Ojos que mirabais místicos ó con destellos de horror!

Ojos de hermosura trágica que á veces era la mágica causa de nuestro sufrir.

Bajo un dolor sin egida mirabais siempre á la vida ¡y no podíais vivir!

II

Ojos de pupilas bellas que mirabais doloridos, como miran las estrellas en los cielos adormidos.

Ojos muertos al placer en una horrible agonía. ¡Ojos que ya no he de ver en estas noches de orgía!

Vuestras marcadas ojeras

delatan vuestro pasado en implacables esperas.

¡Ojos que tanto he querido!
¡Ojos que tanto he besado
y que tanto me han herido!

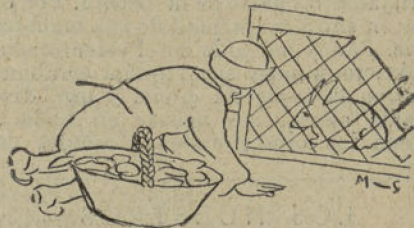
III

Ojos que en noches de orgía, en loca fiebre sensual, guardaban la hechicería de herirme como un puñal.

Ojos que he visto de pena llorar por un muerto amor, igual que una Magdalena que llorase su dolor.

Ojos que fueron en vida

NUESTRAS AFICIONES



Los conejos son nuestros favoritos desde pequeños; cuanto más pequeños, mejor.

los que curaron la herida que causábame el vivir.

Ojos que son incentivo á mi dolor redivivo por este nuevo sufrir.

IV

Ojos muertos, sin encanto, al fondo del ataúd. En vosotros está el llanto de mi loca juventud.

Ojos que tanto he besado y no cejo de besar.

Ojos que han alumbrado mi vida, en horas de amar.

Para mi vivir incierto, con vosotros ya se ha muerto mi vida para el amor.

¡Porque fuisteis, ojos claros, los enigmáticos faros de mis noches de dolor!

A. RODRÍGUEZ DE LEON.

“Muñecas perversas,,

Fanny es muy desdichada

Ah! Les petites choses! Il n'y a que celles-là; elles tiennent toute la place et il n'en reste plus pour les grands.—WILLY.

Las diez.
Al oír las campanadas de un reloj lejano, Fanny ha saltado de su lecho. ¡Qué fastidio! Toda la noche sin poder dormir, dando bajo la colcha vueltas y más vueltas, poseída de un desasosiego indescriptible...

Arrojándose con un amplio «saut de lit», metidos los desnudos piececitos en chinelas de seda, pasa á su tocador, una pieza minúscula que se diría un pretexto para amontonar costosos cachivaches. Sobre una silla arrínganse las galas de la víspera. Por el balcón entra la claridad de una mañana gris. Fanny ha caído en el asiento más próximo y posa sus pupilas errabundas en la tapicería crema y oro, distraída ahora, sin pensar en nada... Tiene los ojos grandes y teñidos de

LOS NUESTROS



[GERMAN GOMEZ DE LA MATA]

Autor de «Muñecas perversas», una linda y hermosa colección de novelitas cortas que si no se ha agotado le falta poco. ¡German, cómo escribes!

un tono de café tostado; tiene la boca roja; de un rojo que la cuesta su dinero...; mejor dicho, el dinero del barón; más que mujer, Fanny es un raro animalillo mitad muñeca y mitad gata. Cuando á la madrugada se la ve entrar en cierto «restaurant» nocturno del brazo de su amante, menuda y friolera bajo las pieles rubias de su salida de teatro, casi bella á la luz artificial, aun á trueque del lápiz que dilata sus ojos y de sus labios de un carmín muy vivo, hace pensar en un ave de lujo, en una risa presa en un estuche, en una flor que se muriese dentro de un búcaro de oro, en cualquier cosa, en fin, muy frívola y muy cara. El Madrid que se divierte la conoce de hallarla en los paseos, en las tiendas de chucherías inútiles, en los estrenos del autor de moda.

Pero Fanny se aburre... A pesar de sus triunfos, de su «landeau» eléctrico, de su hotel y del boato con que vive, derrochando el barón, por mantener todo esto, su caudal, ella se amustia lastimosamente y no es feliz. En el fondo no sabe qué desea: quisiera, por ejemplo, que un poeta la recitara versos castos y tristes a oído, ir desnuda á la calle ó profesar en un convento de clarisas. Porque Fanny es acaso una criatura superior y se consume aniquilada por la vulgar monotonía de sus horas. A veces entre estas muchachuelas que se dejan entretener por cualquier prócer rico, se dan casos de abulia incomprensibles.

El agudo chirrido del timbre de la puerta ha sacado á la joven de su ensimismamiento indiferente... ¡Ah, sí! El barón: es su hora. ¡Qué posma de hombre! Y con una ingenuidad admirable, Fanny se ha preguntado por qué vendrá el barón todos los días... ¡También es mucho tener que sopor-tar continuamente sus besos y sus celos, unos celos infundados y ridículos que la ponen nerviosa!...

La doncella se ha presentado entre el marco de la puerta, sin que su señorita la deje articular una palabra.

—Bueno, sí, que pase.

—Es que...

Fanny patea con impaciencia.

—Ya te he dicho que pase.

Y mientras la sirvienta se pierde en la penumbra del pasillo, las distraídas pupilas de color café se han po-

sado de nuevo en la áurea flora de la seda crema. Hay un rumor de pasos y ha abierto la puerta de la estancia, sin que ni por asomó la impasible se moleste en mirar.

—Perdone, Fanny...

No es la voz del barón. Fanny ha vuelto de pronto la cabeza, quedando inmóvil y asombrada ante el recién venido.

—¡Usted!...

—Sí, yo. Es un atrevimiento imperdonable; pero no pude sustraerme al ansia de venir. Culpe usted á su indiferencia; yo alego la disculpa de estar loco.

De pie, aturdida ante lo inesperado, ella no sabe replicar. Nunca creyó á aquel joven capaz de tanta audacia. Si bien es cierto que desde hace unos días la sigue á todos sitios, es-

cribiéndola esquelas explosivas, ¿quién iba á suponer esta imprudencia?... Además, el barón ha de llegar de un momento á otro.

—Márchese... márchese. Ya sabe usted que no soy libre. Si él viene y nos sorprende...

—¡Bah! ¿Qué importa?

Y echándose á los pies de la que puede hacer su dicha, el muchacho implora con unos ojos negros y humildes. Casi es un niño: tal vez aún no traspuso el umbral de los veinte años; sobre su labio superior apunta un bozo suave... Ella le mira conmovida. Después de todo, quizá el adolescente esté en lo cierto. ¿Qué importa que el barón les sorprenda? Dominada de una perversidad malsana, Fanny pretende adivinar la cara que pondrá su amante viéndola culpable, y son-

ROMANTICISMO MODERNO



—Yo jamás amaré más que á un hombre emprendedor, á un hombre de acción.

—¿Un guerrero? ¿Un aviador?

—No, no: un... banquero, por ejemplo.

rie burlona y temblorosa... El prócer parece un impulsivo, y en un minuto de ira debe ser terrible. La certidumbre del pequeño drama que se está incubando hace vibrar á esta mujer con estremecimientos nuevos... Fanny nació para heroína de novela, equivocó el camino y por eso se aburre.

—No puede usted estar aquí más tiempo. Comprenda que es una locura.

Los ojazos humildes imploran todavía, imploran siempre...

LA MODA



—¿Verdad, Leonor, que esta americana no es muy masculina?

—Al contrario: «más-cullina» no cabe...

—¿Me echa usted de su casa? Yo pensé que tenía usted corazón...

Y Fanny tiene corazón, un corazón minúsculo que salta como un pájaro en su pecho; tiene también deseos de vivir un drama... y cede, cede esperando y anhelando que venga el otro y que estalle su cólera, sin pensar en que es ella quien corre más peligro y sin que se la dé un ardite de que se maten dos hombres, agazapándose miedosa y voluptuosa ante esta página rotunda de su vida.

—Fanny... Usted es buena y estoy seguro de que no consentirá que me

vaya sin decir lo que tengo que decirle. ¿Verdad que no la soy odioso? Fanny... Fanny...

La voz del joven se ha hecho arrullo y es cariñosa y dulce como un ósculo, no pudiendo saber la pobre Fanny si la hablan ó la besan, aunque supone que la besan... En el fondo, insensible á las caricias, no hace mas que pensar en la llegada del barón. ¿Qué latido único sacudirá su espíritu cuando aparezca el ultrajado amante?... Y mientras el adolescente adelanta sus manos hacia riveas ronderas, ella repasa en la memoria un folletín.

—¿Me quieres, vida mía?

—Mucho.

Con un gesto admirable de abandono, la mujer cae entre unos brazos que la oprimen febriles. Y al son de los suspiros de la amada vencida, el joven se remonta al quinto cielo.

—¡Calla! Es él.

Se oyen primero un timbre y luego pasos. Seguramente que al entrar el barón habrá visto en la percha del recibimiento un sombrero sospechoso, y viene á sorprender á los culpables. Fanny ha retrocedido y su amador la mira algo confuso, mudos ambos de angustia... Es extraño. En la puerta resuenan uros discretos golpes.

¿Por qué aquel hombre no entra yo mismo que una tromba? ¿Acaso quiere dar lugar á que la infiel oculte al ladrón de su amor, — desea gozarse en su suplicio sitiándola á preguntas?... Ninguno de los dos se atreve á abrir la boca. Al fin, sublime y trágica, inmolándose voluntariamente á la fatalidad, ella exclama con una entonación de actriz:

—Adelante.

Entreábrese la puerta, y la doncella ha vuelto á aparecer en el umbral.

—¿Es el barón?—pregunta Fanny excitadísima.

—Han traído esta carta de parte suya.

La presunta heroína de novela rasga el sobre, devorando más que leyendo el contenido. El barón se excusa en unas líneas por no poder ir aquel día al lado de su amante, que se ha tornado pálida de pronto, haciendo añicos el papel, rabiosa.

—¿Qué te sucede, Fanny?...

Fanny rompe á llorar.

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA.

NOCTURNO

ERA una hermosa noche de verano. Un agradable y ligero airecillo balanceaba dulcemente los árboles del jardín. Entre la fronda, filtrábanse los rayos de una luna clarísima, proyectando en la tierra fantásticas y trémulas siluetas de luz. En el delicioso rincón más apartado de aquella suntuosa mansión señorial, y sentado en rústico banco de piedra, sollozaba débilmente el poeta. Y como un eco divino llegaban hasta él, mezclados armoniosamente, las dulces notas de los violines, que interpretaban un vals de Strauss en los salones, y el rítmico murmullo del surtidor cercano.

Lloraba el poeta en silencio el derrumbamiento de su ideal, vencido por miserios egoísmos terrenales. ¡Loco, loco!!—parecía oír de una voz misteriosa que torturaba sus oídos—: ¿Cómo pudiste aspirar á tanto en un momento de fiebre amorosa? ¿Cómo soñaste siquiera que aquella aristocrática mufequita de cabellos de oro pudiera descender hasta ti, humilde cantor de lo soñado? Y una vez más la vida, rasgando sus falsas vestiduras, destrozaba su corazón con el triunfo del materialismo.

Murieron las últimas notas del vals, y únicamente el agua del surtidor siguió su gorjeo. Un hálito de esperanza animó el rostro amargado del poeta. ¿Vendrá ella? ¿Le otorgaría el consuelo postrero de una mirada de compasión? Y, nervioso, fruncía el entrecejo, aguzando la vista y pretendiendo atravesar con ella aquel camino que, serpenteando medio oculto por la enramada, conducía á una de las puertas reservadas del palacio. A poco, se agitaron suavemente aquellas ramas, y, por entre ellas, como angélica aparición, llegó hasta allí, envuelta en riquísimo traje de encajes blancos, la mufequita rubia por quien suspiraba amores el poeta... Su rostro extremadamente pálido demostraba el temor que la dominaba. Y los rayos de la luna morían sobre su cabecita ideal, eclipsados por la encantadora blancura de aquellas mejillas de nieve immaculada.

Un instante después, aquellos dos seres juntos, muy juntos, sentados en

el rústico banco de piedra, evocaban bajo, muy bajo, los recuerdos de un idilio que la fatalidad truncaba. Y allá en lo alto, en el cielo, tachonado de palpitanes estrellas, la luna sonreía burlona, con su cara redonda, intensamente embadurnada...

Eduardo, el poeta, amaba ciegamente á Rosalía. Unidos por un lejano

¡MUCHO OJO!



—¡Jesús! Hay estatuas capaces de ruborizar á cualquiera.

—Sí, hija. Y tan poco faltan «cualquieras» capaces de hacer ruborizar á una estatua.

lazo de parentesco, conocíanse y tratábanse desde la infancia. No era, pues, cariño de un día. Era un amor creado en el transcurso de muchos años, una necesidad para sus vidas. Sin embargo, un enorme abismo les separaba. Rosalía pertenecía á una familia riquísima. En cambio, Eduardo, como única riqueza, poseía la de su inspiración, que desgranaba en intensos poemas de amor y de vida. Por ello, jamás se atrevieron á publicar sus amores. Y ocultándolos, ella por el orgullo que de su estirpe había heredado, y él por la

humildad de su carácter romántico, llegaron adonde forzosamente tenían que llegar. Siendo ya mujercita Rosalía, pensó su padre en un marido digno de ella. Y casi sin consultárselo siquiera, ignorante del amor que ya germinaba en su alma, cedió la mano de su hija á un comerciante vulgar é interesado, que, como único mérito, sólo supo poner á sus pies una bolsa bien repleta de oro. Y la noche en que hemos sorprendido á la amorosa pareja en su furtiva entrevista en el jardín, era la misma en que se celebraba fastuosamente la petición de mano de Rosalía por el comerciante. Por lo tanto, aquella entrevista debía ser la última entre ellos, porque Rosalía, mujer al fin, acataba la voluntad de su padre, aun á trueque de tener que ahogar en su pecho el sentimiento más grande que albergara...

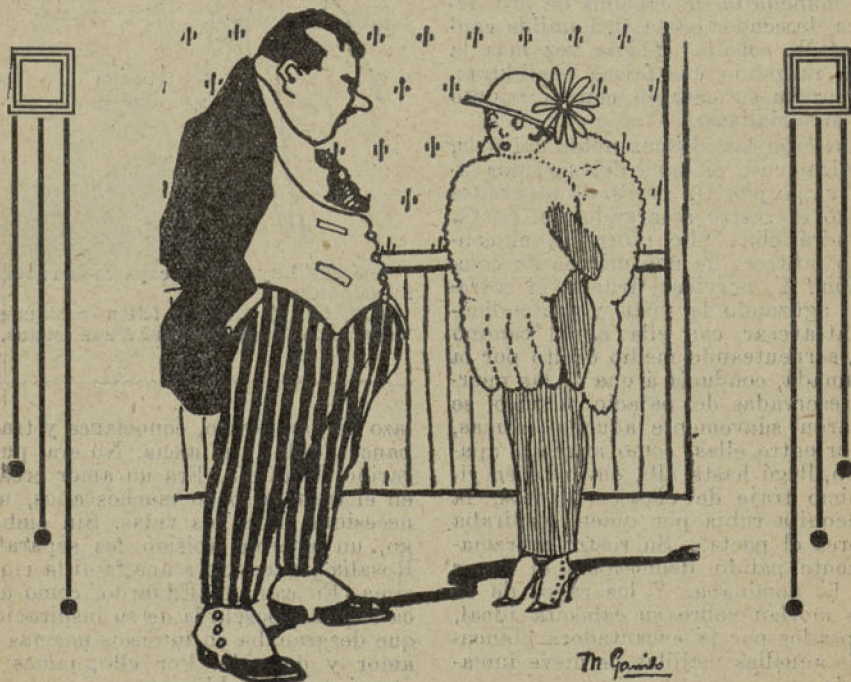
—No, no me has querido—lamentaba

tristemente Eduardo—, porque si me hubieras querido, lo habrías arrojado todo en aras de tu cariño; no habrías podido resignarte á esta cruel separación. Yo, antes que hacerte la traición que tú me haces, lo habría preferido todo, todo; la muerte misma...

Rosalía estaba violenta. Su imaginación volaba ya lejos de aquel rincón. Temía que se notara su ausencia en los salones en fiesta tan señalada, y secando las últimas lágrimas que á sus ojos encantadores asomaran, levantóse resueltamente, dirigió una cautelosa mirada á su alrededor, y contestó:

—Mira, Eduardo: ese hombre, desde hace bastante tiempo, es mi novio oficialmente. Pues bien: yo no he tenido confidencias con él. Esas conversaciones en que confesamos nuestras intimidades, dándonos con ello mutuas pruebas de afecto y confianza. Nunca,

SOLUCION



—Es un escándalo lo que me gastas en vestir.
—Por eso no te apures: saldré desnuda.

LO QUE ELLAS QUIEREN



—Vamos, que tú crees que soy un pelans.
Pues no ¡é si sabrás que poseo siete lenguas.
—Pues por ahí debías haber «mepezo».

nunca. Mi confidente siempre fuiste tú. Y hoy que dejas de serlo para siempre, hoy que el destino implacable nos separa, te juro por la santa memoria de mi madre que ese hombre jamás consiguió de mí una mirada de cariño. Sin embargo, debe de estar tan ignorante de esa pasión que nos avasalla cuando se siente con toda su fuerza, que no ha alcanzado á entender que yo ni le quería ni, probablemente, podré quererle mientras viva. ¡Tú concibes un año de relaciones en medio de esa frialdad? Y si hubiese cariño... ¡Podrían sustraerse dos corazones que se quieren á ese deseo vehemente y puro que se siente por la concesión de un beso?... Yo á ese hombre no le he besado en mi vida; me infunde demasiado respeto para ello... y á ti, á ti...

No terminó la frase: sus bocas, trémulas y ardientes, juntáronse violentamente, y en ellas estalló un beso frenético, largo, que dejó en sus labios sabor de sangre...

Eduardo siguió febrilmente con la

vista á Rosalía hasta que ésta desapareció completamente entre la enramada. Y, sentado en el banco, á la luz purísima de la luna, que seguía riendo burlonamente, tituló unas cuartillas. Dos lágrimas que temblaban en sus ojos cayeron en el papel, y sobre ellas empezó el poeta, transida el alma por dolor inmeso, el poema más bello y más grande de su vida...

De allá lejos, como un eco divino, trajo el aire las primeras notas de la orquesta que preludiaba el vals «Quand l'amour meurt»...

ADOLFO LLUCH.

Chascarrillos y epigramas

Al servirle á doña Amada cierto mozo de café una leche merengada, le dijo: —Pruébela usted.

El mozo creyó sincero que «aquello» estaba en su punto, y llamó á su compañero para fallar el asunto.

—No es extraño que sospeché, pues hay mala leche ahora. La probó y dijo: ¡Ay qué leche que le han dado á la señora!

LUIS ESTESO.

A LA SALIDA



—Señorita: apiadacs de mí. Yo, antes de mi matrimonio, bebía por placer... Ahora bebo para olvidar...

LUNA DE MIEL

(Entremés, por Víctor Sarabia
y Ezequiel Endérix)

PERSONAJES

PURA, veinte años.—ROBUSTIANA, su madre.—JULIO, marido de Pura; veinticuatro años.—ANDRÉS, amigo de Julio; treinta años.

(Un gabinete coquetón. Julio pasea pensativo; después, se acerca á una puerta y escucha. Pura entra por otra puerta, y, acercándose á él de puntillas, le tapa los ojos con las manos.)

JULIO. (en la puerta).—El hipopótamo de mi suegra duerme... ¿Dónde estará Pura?

PURA (tapándole los ojos).—¿Quién soy yo?

J.—¡Vidita!

P.—¿De veras soy tu vida?

J.—Tú, mi vida; y tu madre...

P.—¡Siempre con mi madre! Si sigues así, no te quiero.

J.—Si sigo así, no va á ser posible que me quieras, porque entrego mi alma á Dios.

P.—¿Pero qué te ocurre?

J.—¿Y me lo preguntas tú? Vamo Purita, ó me quieres muy mal, ó no sabes lo que es cariño.

P.—¿Quererte mal? ¿Yo, que sueño con tu felicidad, con tu dicha, con tu ventura?

J.—¿Rezas por que se muera tu madre?

P.—¡Julio!

J.—Entonces no me quieras... ¿Te parece lógico, te parece natural que, después de tres meses de matrimonio, no hayamos tenido cinco minutos para nosotros?

P.—No...; pero... considera que es una manía de mamá.

J.—¿Manía? Es una aberración... y una estupidez mía, porque se lo tolero... Se está comiendo nuestra luna de miel...

P.—Exagerado...

J.—Echalo á broma... Se come mi luna de miel, y se burla... Sí, señor: se burla de mi inocencia, de mi candidez, de mi tontería...

P.—Cálmate, Julio, cálmate... Com-

prendo que tienes razón, que és muy triste haberse casado y... no tener mujer...; pero yo también me resigno...

J.—¡Tú, tú!... ¿Pero no ves que esto es odioso, monstruoso..., superior á las fuerzas humanas? ¡O nos dejan vivir como Dios manda, ó me mato!...

P.—¡Julio!...

J.—Sí, señor: me mato; pero antes me la llevo por delante.

(Entra la suegra pausadamente, mirando con desprecio olímpico á Julio.)

ROBUSTIANA.—Muy bien, muy bien...

J.—¡Aquí otra vez!...

R.—Ya he visto el cariño que me tienes, querido yerno...

P.—¡Mamá!...

R.—Tú, á dentro... ¿Desde cuándo sales de tus habitaciones sin mi permiso?

J.—¿Y quién es usted para que lo necesite?

R.—Su madre...

J.—Su hija está casada.

R.—¿Y qué?

J.—Y yo soy su marido...

R.—Me alegro mucho.

J.—Y usted no es nadie.

R.—Más que tú...

P.—¡Julio!... ¡Mamá!...

R.—¡Silencio!

P.—Siempre lo mismo.

J.—Hasta que se muera.

R.—Eso quisieras tú.

J.—Con toda el alma. No oculto mis pensamientos.

R.—Eres un cínico.

P.—¡Julio, por caridad!

J.—Déjame... Señora... ¿si tenía usted el propósito de velar por su hija, oponiéndose abiertamente á los mandatos de la Iglesia, por qué permitió usted que se casara?

R.—Porque una señorita soltera es la rechifla de sus amigas.

J.—Linda razón. Por última vez, ¿va usted á permitir que vivamos como manda el sacramento del matrimonio. ¿Nos quiere usted dejar?

R.—¿Abandonar á mi hija? ¡Nunca!

J.—Pues huirémos nosotros.

R.—Os seguiré.

J.—Lo veremos...

P.—¡Mamá! ¡Julio!... No seáis así...

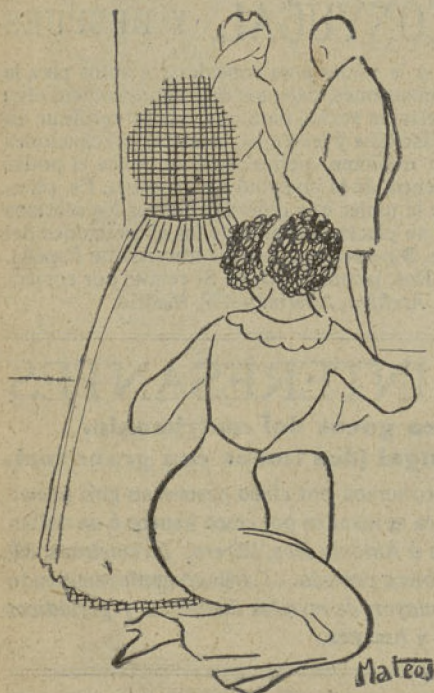
(Continuará.)

Celebridades

Francisco marchóse andando,
hasta cerca de Granada,
y en la mitad del camino,
pidió «Francisco, Posada».

Matilde y su hermana Rosa
hablan del color del pelo;

DESIGUALDADES



—Así es la vida: yo, probando faldas, y la maestra, pantalones.

á Rosa, le gusta rubio,
pero á «Matilde, Moreno».

A Carmen, piensan comprar
dos generosos señores,
por ser su santo, un collar,
y prefiere «Carmen, Flores».

Gonzalo y Juan, dos artistas,
dieron una reunión;

«Gonzalo, Cantó» «Bohemios»
y un paisaje «Juan, Pintó».

Al pobre Antonio de Lez,
se le han quitado las ganas
de comer, y no es extraño,
porque «Antonio de Lez-ama».

Simó, en estos Carnavales,
se disfraza de payaso;
su mujer quiere de seda,
y prefiere «Simó,-Raso».

Un gallego convidó
á Fernando y Luis Cabrera,
y les dijo en el momento
de penetrar en la tienda:
Tú, Luis, tomarás vermut;
tú, «Fernando, Lu-que» quieras.

A Rafaelita y á Lola,
dos juguetes las compraron;
prefirió Lola, muñeca,
y eligió «Rafaela, Haro».

Roque es tan caritativo,
que á ningún pobre desdeña;
en cambio, es el corazón
de su amigo «Ramón, Peña».

Inés tiene varios novios,
y no comprende á cuál quiere;
su madre prefiere á Emilio,
pues tiene «Emilio, Carrère».

Las bellas Montenegrinas
á López, pusieron negro
á golpes, y desde entonces,
odia «López, Montenegro».

MANUEL DOMINGUEZ.

FOTOgrafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. H.º Leonard, sucesor.
Rua Barao Sao Cosme,
OPORTO (PORTUGAL)
(Franquear sobre con sello de 10 cts.)

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑÍA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Viuda de José Lerín
encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda).

Establecimiento tipográfico de EL LIBERAL.

PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — ON PARLE FRANÇAIS.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas**. Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid** (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada*. — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pts. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. — Memorias, etc., etc. "

Marqués de Cubas, 7.-Madrid